



ABDULRAZAK
GURNAH

PARAÍSO



En el este del África musulmana, en vísperas a la Primera Guerra mundial, un niño swahili que sueña extraños sueños deja su hogar para seguir al tío Aziz, un rico mercader árabe de la costa. En este viaje, iniciático, el primer conocimiento que adquiere Yusuf es que Aziz no es su tío: su padre, en bancarrota, lo ha vendido para cancelar parte de sus deudas.

Obligado a cuidar de la tienda de Aziz, Yusuf se ocupa también del huerto amurallado de su amo, ese paraíso verde bañado por cuatro arroyos. En el jardín cifrado, amores secretos consumen a los protagonistas. De los árboles cuelgan espejos en los que lo observa y espía la triste y desfigurada mujer del amo. Por los senderos pasea una criada a quien Yusuf desea sin esperanzas. En el aire resuenan cuentos del mundo ajeno, aún más arcano: el oscuro interior de África, guardado por licántropos, sitio del paraíso terrestre cuyas puertas vomitan fuego.

Un libro sobre el continente perdido escrito por un africano de extraño talento.

Para Salma Abdalla Basalama.

El jardín cercado

1.

Empecemos por el niño. Se llamaba Yusuf, y cuando tenía doce años tuvo que abandonar su hogar de manera repentina. Recordaba que era época de sequía y que cada día era igual al anterior. Las flores morían apenas brotaban. Extraños insectos salían de debajo de las piedras para retorcerse hasta morir bajo la luz abrasadora. El sol hacía que los árboles lejanos temblasen en el aire y que las casas se estremecieran y jadearan con dificultad. Con cada pisada una nube de polvo se elevaba, y una quietud agobiante se cernía sobre las horas de más calor. Momentos precisos como éstos acudían a su memoria cuando menos se lo esperaba.

En aquella época vio a dos europeos en el andén. Eran los primeros que veía en su vida, pero aun así no se asustó, por lo menos al principio. Iba a menudo a la estación para ver la entrada de los trenes, estruendosos y llenos de gracia, y luego esperaba hasta que volvían a ponerse en movimiento bajo las órdenes que el ceñudo guardavía indio impartía valiéndose de un banderín y un silbato. En ocasiones, Yusuf esperaba durante horas la llegada de un tren. Los dos europeos también esperaban, de pie bajo un toldo, con el equipaje y otros enseres voluminosos apilados con esmero a corta distancia. El hombre era corpulento, y tan alto que tenía que agachar la cabeza para no tocar el toldo bajo el cual se protegía del sol. La mujer, cuyo resplandeciente rostro aparecía parcialmente oscurecido por dos sombreros, estaba un poco detrás de él, en la sombra. Llevaba una blusa blanca con volantes abotonada en el cuello y las muñecas y una falda larga que le rozaba los za-

patos. También era grande y alta, pero de manera diferente. Mientras ella daba la impresión de estar hecha de alguna materia maleable, como si fuese susceptible de adquirir otra forma, él parecía haber sido tallado de un solo trozo de madera. Miraban en distintas direcciones, como si no se conocieran. Yusuf observó que la mujer se pasaba el pañuelo por los labios y, con toda naturalidad, se quitaba trocitos de piel seca. El hombre tenía manchas rojas en la cara y, mientras sus ojos recorrían lentamente el atiborrado y reducido paisaje de la estación, abarcando los cerrados almacenes de madera y la enorme bandera amarilla con el dibujo de un brillante pájaro negro, Yusuf tuvo ocasión de estudiarlo detenidamente. Entonces se volvió y advirtió que Yusuf lo miraba. El hombre primero apartó la vista, pero luego se volvió hacia él y lo observó por un buen rato. Yusuf no podía dejar de mirarlo. De pronto, el hombre dejó escapar un involuntario gruñido, mostró los dientes y dobló los dedos de un modo inexplicable. El muchacho captó la advertencia y se alejó sin dejar de murmurar las palabras que le habían enseñado a decir cuando precisaba de la repentina e inesperada ayuda de Dios.

El año en que abandonó su casa fue también el año en que la carcoma infestó los postes del pórtico de atrás. Su padre aporreaba con furia los postes cada vez que pasaba por su lado, para que de esa forma supiesen que estaba al corriente del juego que se traían entre manos. La carcoma dejaba regueros en las vigas, que poco a poco se asemejaban a aquella tierra revuelta que señalaba los túneles de los animales en el lecho de un arroyo seco. Cuando Yusuf los golpeaba, los postes sonaban a blando y hueco, y diminutas y granulosas esporas de putrefacción se desprendían de ellos. Si refunfuñaba pidiendo comida, su madre le decía que se comiese los gusanos.

—Tengo hambre —se quejaba, una letanía que nadie le había enseñado y que recitaba con creciente malhumor a medida que pasaban los años.

—Cómete la carcoma —le sugería la madre, para luego, ante la exagerada expresión de congoja y repugnancia del muchacho, echarse a reír—. Anda, atibórrate tanto como quieras y cuando te apetezca. No seré yo quien te lo impida.

Para mostrarle lo patética que era su broma, él suspiraba como si estuviera hastiado del mundo, de una manera que llevaba tiempo ensayando. A veces comían huesos, que su madre ponía a hervir para preparar una sopa ligera bajo cuya superficie grasosa acechaban trozos de médula esponjosa. En el peor de los casos, sólo había guisado de quingombó, pero por mucha hambre que tuviese, Yusuf era incapaz de tragarse aquella salsa viscosa.

Su tío Aziz también los visitaba en aquella época. Sus visitas eran breves y espaciadas, y normalmente acudía con un montón de viajeros, porteadores y músicos. Se detenía en el curso de los largos viajes que realizaba desde el océano hasta las montañas, los lagos y las selvas, cruzando las llanuras secas y las desnudas colinas rocosas del interior. Sus expediciones solían ir acompañadas de tambores, pandeetas, cuernos y *siwas*, y cuando su tren entraba en el pueblo, los animales salían en estampida y defecaban, y los niños se desmandaban. El tío Aziz despedía un olor extraño y poco corriente, una mezcla de piel de animal y perfume, de resinas y especias, y otro olor más difícil de definir que a Yusuf le hacía pensar en el peligro. Solía vestir un *kanzu* ligero y vaporoso de algodón fino y un gorro de ganchillo en la coronilla. A juzgar por sus aires de gran señor y su actitud cortés e impasible, se habría dicho que era un hombre dando un paseo al atardecer o un feligrés camino de las plegarias vespertinas, en lugar de un mercader que había llegado allí abriéndose paso a través de matorrales de espinos y nidos de víboras que escupían veneno. Incluso en medio del acaloramiento de la llegada, entre el caos y el desorden producido por el revoltijo de bultos y rodeado de porteadores cansados y ruidosos y mercaderes alertas y llenos de

arañazos, el tío Aziz conseguía parecer tranquilo y a sus anchas. En aquella ocasión, había ido solo.

A Yusuf siempre le alegraban sus visitas. Su padre decía que suponían un honor para ellos, porque era un mercader muy rico y renombrado —*tajiri mkubwa*—, pero, aunque el honor siempre era bienvenido, había algo más. Cada vez que los visitaba el tío Aziz le regalaba, sin excepción, una moneda de diez annas. Lo único que tenía que hacer Yusuf era estar presente en el momento apropiado. El tío Aziz lo buscaba con la mirada, sonreía y le entregaba la moneda. El muchacho tenía la sensación de que debía devolver la sonrisa, pero no lo hacía porque intuía que ello podía volverse en su contra. La piel luminosa y el olor misterioso del tío Aziz lo embelesaban. Después de su marcha, el perfume persistía durante días.

Al tercer día, se hizo evidente que la visita del tío Aziz estaba llegando a su fin. En la cocina reinaba una actividad que no era la usual, y de ella se escapaban entremezclándose los inconfundibles aromas de un festín. Se freían especias dulces, se cocían a fuego lento salsa de coco, bollos esponjosos y coca de pan, se horneaban bizcochos y se hervía carne. Por si acaso su madre necesitaba ayuda para preparar los platos o quería una opinión sobre alguno de ellos, Yusuf procuró no alejarse demasiado de la casa en todo el día. Sabía que en estos asuntos ella valoraba mucho su opinión. También podía ocurrir que olvidase agitar una salsa o que se le pasara por alto el momento en que el aceite caliente alcanzaba aquel punto justo de temblor idóneo para echar las verduras. Era un arma de doble filo, pues si bien quería estar en disposición de no perder de vista la cocina, por nada del mundo deseaba que su madre advirtiera que estaba al acecho y ocioso. En ese caso, seguro que lo mandaba a hacer recados interminables, lo cual era malo de por sí, pero, además, correría el riesgo de no llegar a tiempo para despedirse del tío Aziz. La moneda de diez annas siempre cambiaba de mano en el momento de

la partida, cuando el tío Aziz le ofrecía la suya para que la besara y, mientras Yusuf se inclinaba, le acariciaba la parte posterior de la cabeza y deslizaba la moneda en su mano con una desenvoltura bien practicada.

Por regla general, su padre no volvía del trabajo hasta pasado el mediodía. Yusuf imaginó que llevaría al tío a la casa, de modo que le quedaba mucho rato que matar. Su padre dirigía un hotel. Era el último de una serie de negocios con los que había intentado hacerse un nombre y una fortuna. En casa, cuando estaba de humor, contaba historias sobre otros proyectos que, en su opinión, no podían por menos que prosperar, pero que sonaban ridículos e hilarantes. Yusuf también lo oía quejarse de lo mal que le había ido en la vida y de que siempre que intentaba algo, le fallaba. El hotel, que consistía en un restaurante encima del cual había una habitación con cuatro camas limpias, se encontraba en la pequeña ciudad de Kawa, donde ellos vivían desde hacía más de cuatro años. Antes habían vivido en el sur, en otra ciudad pequeña situada en una región agrícola donde su padre regentaba una tienda. Yusuf recordaba una colina muy verde y las lejanas sombras de las montañas; y a un anciano que, sentado a la puerta de la tienda, bordaba gorros con hilo de seda. Se mudaron a Kawa porque esta ciudad prosperó porque los alemanes la utilizaban como depósito mientras construían la línea de ferrocarril que llegaría a las tierras altas del interior. Pero este esplendor fue flor de un día, y ahora los trenes sólo se detenían para recoger madera y agua. En el viaje anterior, el tío Aziz había utilizado el ferrocarril hasta Kawa para luego dirigirse hacia el oeste a pie. Decía que para su siguiente expedición tenía previsto ir en tren hasta el final de la línea y luego seguir una de las rutas del noroeste o del nordeste. Aseguraba que en ambas direcciones aún era posible hacer buenos negocios. En ocasiones Yusuf oía decir a su padre que la ciudad entera estaba yéndose al infierno.

El tren de la costa partía a última hora de la tarde, y el muchacho imaginaba que su tío se marcharía en él. Algo en su actitud le decía que el tío Aziz iba camino de casa. Pero uno nunca podía fiarse de la gente y a lo mejor resultaba que cogía el tren que subía a las montañas, que salía a media tarde. Yusuf estaba preparado para cualquier alternativa. Su padre le había ordenado que fuese al hotel todas las tardes después de las plegarias del mediodía, para aprender el negocio y a valerse por sí mismo, según sus propias palabras, pero en realidad para echar una mano a los dos jóvenes que ayudaban en la cocina y servían las mesas. El cocinero bebía y no paraba de maldecir, por no mencionar que, salvo a Yusuf, insultaba a cualquiera que estuviese al alcance de su vista. Apenas veía al muchacho se detenía en mitad de la maldición que estuviera soltando y se deshacía en sonrisas, pero él permanecía asustado y tembloroso en su presencia. Aquel día Yusuf no fue al hotel ni rezó sus oraciones del mediodía, pues hacía un calor tan espantoso que no creía que a esa hora nadie fuera a tomarse la molestia de ir en su busca. Anduvo en cambio metido en rincones sombreados, como detrás del gallinero, en el patio trasero, hasta que los olores sofocantes y el polvo que se elevaban con las primeras horas de la tarde lo obligaron a salir de allí. Se escondió en el sombrío depósito de madera contiguo a la casa, un lugar en penumbra, de color rojo oscuro y con un tejado abovedado de paja, donde se ponía a escuchar a los lagartos que, siempre al acecho, se escabullían cautelosamente, y donde tenía un escondite seguro para las diez annas.

Como estaba acostumbrado a jugar solo, el silencio y la penumbra del depósito de madera no le parecían desconcertantes. A su padre no le gustaba que jugara lejos de casa.

—Estamos rodeados de salvajes —decía—. *Washenzi* que no tienen fe en Dios y que adoran a los espíritus y a los demonios que viven en árboles y rocas. Lo que más les

gusta es raptar niños pequeños y utilizarlos a su antojo. O te puedes encontrar con esos otros desaprensivos, holgazanes o hijos de holgazanes, que no te harán caso y dejarán que los perros salvajes te devoren. Quédate por aquí cerca, y así podremos vigilarte.

Su padre prefería que jugara con los hijos del tendero indio que vivía en la vecindad, pero cuando Yusuf trataba de acercarse a ellos, le arrojaban piedras y lo insultaban. «*Golo, golo*», cantaban a la vez que escupían en su dirección. En ocasiones se juntaba con los grupos de muchachos que se reunían bajo las sombras de los árboles y al abrigo de las casas. Le gustaba la compañía de estos muchachos mayores que él porque siempre estaban contando chistes y riendo. Sus padres eran *vibarua*, jornaleros que trabajaban para los alemanes en las cuadrillas de la cabeza de la línea de ferrocarril que se estaba construyendo; también se desempeñaban como porteadores de los viajeros y mercaderes. Sólo se les pagaba por el trabajo que hacían, y a veces no había trabajo. Yusuf les había oído decir que los alemanes colgaban a los obreros que no trabajaban duro. Si eran demasiado jóvenes para ser colgados, les arrancaban los testículos. Los alemanes no se amilanaban ante nada. Hacían lo que querían y nadie podía detenerlos. Uno de los chicos contó que su padre había visto a un alemán meter la mano en el fuego sin quemarse, igual que un fantasma.

Sus padres, los *vibarua*, procedían de todas partes, de las tierras altas de Usambara, al norte de Kawa, de los fabulosos lagos al oeste de las tierras altas, de las sabanas del sur arrasadas por la guerra y, muchos, de la costa. Se reían de sus padres, se burlaban de las canciones que entonaban en las horas de trabajo y comparaban historias sobre lo mal que olían cuando llegaban a casa. Se inventaban nombres para los lugares de donde procedían; eran nombres divertidos y groseros que utilizaban para insultarse y mofarse entre ellos. En ocasiones se peleaban, se arrojaban al suelo y se daban patadas, haciéndose daño. Los muchachos mayo-

res, si podían, encontraban trabajo como sirvientes o recaderos, pero la mayoría se dedicaba a holgazanear y vagabundear a la espera de crecer para realizar el trabajo de los hombres. Cuando se lo permitían, Yusuf se unía al grupo, escuchaba sus conversaciones y hacía recados para ellos.

Mataban el tiempo chismorreando o jugando a cartas. Fue estando con ellos cuando Yusuf oyó por primera vez que los bebés vivían en los penes. Cuando un hombre quería un niño, metía el bebé dentro de la barriga de una mujer, donde había más espacio para que se desarrollara. No fue el único en considerar esta historia increíble y, a medida que la discusión se fue acalorando, los muchachos empezaron a sacar sus penes y a medirlos. Los bebés pronto quedaron olvidados y los penes cobraron interés por sí mismos. Los chicos mayores se sentían orgullosos de exhibirse y obligaban a los más jóvenes a poner al descubierto sus pequeños *abdallas*, para reírse de ellos.

A veces jugaban a *kipande*. Yusuf era demasiado pequeño para tener siquiera la oportunidad de batear, pues la edad y la fuerza determinaban el orden para ello pero, cuando se lo permitían, se unía al grupo de jugadores que no bateaban y que corrían frenéticamente por el polvoriento espacio abierto tras un trozo de madera que volaba por los aires. En una oportunidad su padre lo vio correr por las calles con una pandilla histérica de niños que iban tras un *kipande*. Después de lanzarle una dura mirada de reprobación, le dio una bofetada y lo mandó a casa.

Yusuf se fabricó su propio *kipande* y cambió el juego para poder practicarlo en solitario. La adaptación consistió en que él era también todos los demás jugadores, lo cual tenía la ventaja de que podía batear tanto como le apeteciera. Recorría arriba y abajo la calle en que vivía gritando con excitación y tratando de coger un *kipande* que acababa de lanzar tan alto como podía a fin de tener tiempo para cogerlo.

2.

Así pues, el día de la partida del tío Aziz, Yusuf no sintió escrúpulo alguno en desperdiciar unas cuantas horas para no perderse la moneda de diez annas. Su padre y el tío Aziz llegaron juntos a la una de la tarde. Vio sus cuerpos brillar en la claridad de la luz cuando se acercaban por el sendero pedregoso que conducía a la casa. Vencidos por el calor, caminaban en silencio, con la cabeza baja y los hombros hundidos. Sobre la mejor alfombra del cuarto de huéspedes los esperaba la comida recién servida. Yusuf había echado una mano en los últimos detalles; por ejemplo, había rectificado la colocación de alguno de los platos a fin de conseguir un efecto mejor, y su cansada madre se lo había agradecido con una amplia sonrisa. Había aprovechado la oportunidad para pasar revista al festín. Dos clases diferentes de curry, pollo y cordero desmenuzados. El mejor arroz Peshawar salpicado de pasas de Esmirna y almendras y resplandeciente a causa de la mantequilla clarificada de búfala. Un cesto cubierto con un tapete rebosaba de bollos aromáticos y esponjosos, *maandazi* y *mahamri*. Espinacas en salsa de coco. Una fuente de judías. Tiras de pescado seco asado en las brasas sobre las que se había cocinado el resto de la comida. Mientras supervisaba aquella abundancia, tan diferente de las frugales comidas de esa época, estuvo a punto de ponerse a llorar de nostalgia. Su madre frunció el entrecejo ante aquella actuación, pero no pudo evitar echarse a reír cuando una expresión de desconsuelo apareció en el rostro del muchacho.

Cuando los hombres se hubieron sentado, Yusuf entró con un jarro de latón y un cuenco, así como un immaculado paño de hilo que colgaba de su brazo izquierdo. Fue vertiendo lentamente el agua mientras el tío Aziz y luego su padre se lavaban las manos. Le gustaban los invitados como el tío Aziz, le gustaban mucho, pensaba mientras per-

manecía en cuclillas junto a la puerta del cuarto de huéspedes por si reclamaban sus servicios. Quedarse en la sala lo habría llenado de gozo, pero su padre le dirigió una mirada airada y le dijo que se marchase. Siempre ocurrían cosas cuando el tío Aziz los visitaba. Dormía en el hotel, pero todas las comidas las hacía en la casa. Lo cual significaba que una vez que ellos hubiesen terminado, a menudo quedaban sobras interesantes; a menos que su madre les echase el ojo antes que él, en cuyo caso acababan en casa de un vecino o en el estómago de alguno de los mendigos harapientos que a veces aparecían en la puerta cantando quejumbrosamente alabanzas a Dios. Su madre decía que era más hermoso regalar la comida a los vecinos y a los necesitados que caer en la glotonería. Yusuf no le encontraba sentido a aquello, pero ella sostenía que la recompensa a tal comportamiento era la virtud. Por la aspereza de su voz, el muchacho comprendía que, de insistir, tendría que escuchar otro sermón interminable, y ya tenía bastante con el profesor de Corán en la escuela.

Había, sin embargo, un mendigo con el cual a Yusuf no le importaba compartir lo que consideraba sus sobras. Se llamaba Mohammed, y era un hombre arrugado y de voz aflautada que apestaba a carne podrida. Yusuf lo había encontrado una tarde sentado junto a la casa, comiendo puñados de tierra roja que extraía del muro roto. Llevaba una camisa mugrienta y llena de manchas y los pantalones cortos más andrajosos que Yusuf hubiese visto en su vida. El sudor y la porquería habían teñido de marrón oscuro el borde de su gorro. Mientras intentaba recordar si había visto con anterioridad a alguien tan sucio, Yusuf lo observó por unos minutos, para luego ir en busca de un cuenco con restos de mandioca. Después de algunos bocados, que Mohammed tragó entre gemidos de gratitud, le contó que la tragedia de su vida era la marihuana. Explicó que en un tiempo había sido rico, que contaba con tierras a las que no les faltaba el agua y con algunos animales, además de

una madre que lo quería mucho. Durante el día trabajaba su fértil tierra hasta el límite de sus fuerzas y luego pasaba las veladas con su madre, que le cantaba las alabanzas de Dios y le explicaba historias fabulosas sobre el mundo mejor.

Pero entonces el diablo se apoderó de tal modo de él, que abandonó madre y tierra para ir en busca de marihuana, y acabó vagando por aquel mundo, donde lo trataban a patadas y se alimentaba de tierra. Durante sus vagabundeos, no había probado jamás comida tan perfecta como la de su madre, salvo, quizás, aquel trozo de mandioca. Se sentaban apoyados contra la pared lateral de la casa y Mohammed, con su voz chillona y animada y su joven pero ajado rostro deshecho en sonrisas que dejaban al descubierto unos dientes rotos, le contaba a Yusuf historias de sus viajes.

—Aprende de mi terrible ejemplo, joven amigo. ¡Te ruego que huyas de la marihuana!

Sus visitas nunca duraban mucho, pero Yusuf siempre se alegraba de verlo y escuchar sus últimas aventuras. Lo que más le gustaba eran las descripciones de la tierra fértil de Mohammed, al sur de Witu, y los relatos de la vida que llevó durante aquellos años de felicidad. También disfrutaba con la historia de la primera vez que habían llevado a Mohammed al manicomio de Mombasa.

—*Wallahi*, no te cuento mentiras, jovencito. ¡Me tomaron por loco! ¿Te imaginas?

Le llenaron la boca de sal y, cuando trató de escupirla, la emprendieron a bofetadas con él. No lo dejaron en paz hasta que se quedó tranquilo y dejó que los granos de sal se disolviesen en su boca y le corroyesen las entrañas. Si bien Mohammed se estremecía al hablar de esta tortura, también sonreía divertido. Tenía otras historias que a Yusuf no le agradaban, como la del perro ciego al que había visto lapidar hasta matarlo, y la de niños abandonados a la crueldad. Habló de una joven que había conocido en Witu. Dijo

que su madre quería verlo casado, luego esbozó una sonrisa estúpida.

Al principio, y por temor a que su madre echase a Mohammed de allí, Yusuf trató de esconderlo, pero cada vez que ella aparecía, aquél se arrastraba y gemía dando tales muestras de gratitud, que acabó por convertirse en su mendigo favorito.

—¡Te ruego que honres a tu madre! —gimoteaba en presencia de ésta—. Aprende de mi terrible ejemplo.

Su madre le dijo que no sería la primera vez que un sabio, un profeta o un sultán se disfrazase de mendigo y se mezclase con la gente normal y los desafortunados. Siempre era mejor tratarlos con respeto. En cuanto aparecía el padre de Yusuf, Mohammed se ponía de pie y se marchaba con serviles expresiones de respeto.

En una ocasión, Yusuf robó una moneda del bolsillo de la chaqueta de su padre. Lo hizo sin saber por qué. Mientras su padre estaba lavándose tras regresar del trabajo, el muchacho introdujo la mano en la maloliente chaqueta que colgaba de un clavo en el dormitorio conyugal y cogió una moneda. No lo había planeado. Cuando más tarde se fijó en ella, advirtió que se trataba de una rupia de plata y le dio miedo gastarla. Le sorprendió que no lo hubieran descubierto, y estuvo tentado de reponerla. Varias veces pensó en dársela a Mohammed, pero temió lo que el mendigo pudiese decirle o que lo acusara de algo. Nunca había tenido tanto dinero en sus manos, y acabó por esconder la rupia de plata en una grieta que había en la base de una pared, y a veces sacaba un borde con la ayuda de un palo.

3.

El tío Aziz pasó la tarde en la habitación de huéspedes, durmiendo la siesta. A Yusuf le pareció un retraso irritante. Su padre también se había retirado al dormitorio, como so-